



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE186900

SUPLEMENTO
Vida Nueva



John William Waterhouse
“El espíritu de la rosa”
(detalle, 1908)

EDITORIAL

El olfato

Con este número y después de siete años, la redacción suspende la publicación de *Donne Chiesa Mondo*. Constatamos que ya no existen las condiciones para continuar con nuestra colaboración con *L'Osservatore Romano*. La revista mensual nació como una iniciativa femenina autónoma, llevada a cabo por un grupo de mujeres que se habían ido uniendo a lo largo de los años y que había sido aprobada y apoyada por dos papas, Benedicto XVI y Francisco. Se trataba de un caso nuevo para el Vaticano por su autonomía, recompensado con la atención y el interés de diferentes publicaciones que la traducen, como en español por la revista mensual *Vida Nueva*, o en francés por *La Vie*, o en inglés difundida por Internet en diversos medios de comunicación de todo el mundo. Esta línea no ha encontrado el apoyo de la nueva dirección del *L'Osservatore Romano*, orientada más bien a debilitar *Donne Chiesa Mondo*, poniendo en marcha colaboraciones e iniciativas que parecen competencia, con el efecto de poner a las mujeres unas en contra de las otras en lugar de solicitar confrontaciones abiertas, y por lo tanto se demuestra que no se considera a los miembros de la redacción como interlocutores suficientemente “fiables”.

Se vuelve así a la selección de las mujeres que parten desde arriba, a la elección de colaboradores que aseguran la obediencia y se renuncia a toda posibilidad de abrir un verdadero diálogo, libre y valiente entre las mujeres que aman la Iglesia en libertad y a los hombres que forman parte de ella. Volvemos a la auto referencialidad clerical y renunciamos a esa parresía que tanto pide el Papa Francisco, en cuya palabra y en cuyo magisterio nos identificamos.

En consecuencia, solo podemos dar nuestro trabajo como concluido y suspendido abruptamente a pesar de tener todavía proyectos abiertos, como por ejemplo, la profundización de los cinco sentidos y artículos encargados o incluso ya escritos. Pero creemos que esta decisión es necesaria para salvaguardar nuestra dignidad y evitar así el proceso de desgaste que lamentablemente ya está en marcha. (*Lucetta Scaraffia*)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción
CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ANNA FOA
MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
SAMUELA PAGANI
MARGHERITA PELAJA
NICLA SPEZZATI

Esta edición especial
en castellano
(traducción de MÓNICA
ZORITA) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Un sentido poco conocido

DE MARIELLA BALDUZZI

El olfato es un sentido poco conocido, poco explorado, incluso desde el punto de vista científico. Para entenderlo más entrevistamos a Enrico Alleva, etólogo con una larga y considerable carrera científica en importantes instituciones italianas y otras internacionales. El científico ha sido alumno y colaborador de premios Nobel como Rita Levi Montalcini y Daniel Bovet. Desde 2004 dirige el área de neurociencia del comportamiento, del departamento de biología celular y neurociencias del Instituto Superior de Salud. Corresponsal de la Academia Nacional de los Linceos y presidente de la Federación Italiana de Ciencias de la Naturaleza y del Medio Ambiente, es miembro del consejo científico del Instituto de la Enciclopedia Italiana.

¿Por qué es tan importante el olfato para los humanos?

El ser humano no tiene la agudeza sensorial de otras especies animales, algunas de ellas alcanzan niveles inimaginables por el ser humano: insectos que pueden ver la luz ultravioleta o delfines y murciélagos que perciben señales ultrasónicas. Respecto al olfato, un ejemplo es el gusano de seda macho que huele a la hembra a kilómetros de distancia gracias a sus antenas con plumas multidireccionales. La percepción olfativa es para los animales una herramienta indispensable para la supervivencia, ya que no sólo puede proporcionar información sobre la disponibilidad de recursos alimentarios, sino también guiar las interacciones sociales y mediar en el establecimiento de relaciones parentales. En la especie humana el olfato se considera el último en la jerarquía de los sentidos, aunque se sospeche que las moléculas olfativas producen muchos más efectos de los que se conocen, especialmente en la comunicación interpersonal (lo que se llama la “química” de las relaciones). El olfato juega un papel fundamental en la esfera afectiva y emocional, ya que está directamente conectado tanto con el hipocampo (la estructura cerebral que gestiona la memoria) como con la amígdala cerebral y el sistema límbico, partes del cerebro responsables de gobernar las emociones. La experiencia olfativa, a través de la asociación con experiencias y recuerdos pasados, está cargada de profundos significados según la propia historia y cultura personal. La percepción olfativa en la especie humana sigue dos caminos: el clásico, que pasa por la corteza cerebral y es un camino consciente, y el accesorio, también llamado reptil, que pasa por el órgano vomeronasal. Este órgano tiene la función de capturar feromonas (compuestos químicos emitidos por los individuos y actúan como señal para cuerpos de la misma especie) y genera información olfativa que no llega al estado de conciencia pero que, según visiones reduccionistas, tiene que ver con la vida de relación y determinan preferencias como las de apareamiento. Estudios experimentales, realizados en ratones, mues-

tran que las hembras son más sensibles a las feromonas y eligen a las parejas con las que aparearse sobre la base de ciertos equipos olfativos.

Existen tipologías metabólicas básicas que son responsables del sistema inmunológico, la compatibilidad inmunológica, el metabolismo y los olores, dentro de las cuales el olor tendría el propósito de orientar la elección hacia una pareja con un sistema inmunológico diferente. Esto representaría una ventaja para la descendencia, ya que adquiriría resistencia a un mayor número de enfermedades sobre una base inmune. Existe una similitud organizativa entre el sistema inmunológico y el sistema olfativo, ya que nuestro historial de rendimiento olfativo depende de los olores que hemos encontrado, al igual que nuestra capacidad para responder a las infecciones depende de los gérmenes que hemos encontrado. De ahí deriva la capacidad de mejorar y refinar el sentido del olfato a través de la exposición a una variedad de estímulos olfativos. La científica Linda Buck, ganadora del Premio Nobel junto con Richard Axel en 2004 por medicina y fisiología, era una gran científica del bulbo olfatorio y descubrió que los mamíferos son capaces de detectar y almacenar más de diez mil olores, y que productos químicos molecularmente similares pueden generar percepciones olfativas muy diferentes.

¿Qué papel juegan las feromonas en los humanos?

Los estudios sobre la presencia y el posible papel de la percepción quimio sensorial en la determinación de las opciones y en los comportamientos, no son fáciles de asumir ya que el sistema social y relacional humano es muy complejo y los componentes culturales y de aprendizaje juegan el papel importante. Aunque en los años anteriores hubo un gran aumento de estudios relacionados con las feromonas humanas, hasta la fecha no hay una evidencia definitiva de la presencia de feromonas en los humanos. Algunos experimentos han sugerido que las mujeres, quienes tienen más sensibilidad en este campo, podrían orientarse a la hora de elegir pareja de apareamiento por la base de la información que les es transmitida por las feromonas masculinas. Según esta visión –repito, reduccionista– los hombres transmitirían a las mujeres (pero quizás no al revés) información sobre su estado de salud y grado de cercanía genética, con un mecanismo similar al descrito anteriormente para el ratón. Yo he argumentado amargamente mi oposición contra un estudio publicado en la revista *Trends in Ecology*



and Evolution que buscaba demostrar que cuando la mujer ovula, se siente atraída por el olor de un hombre de alto rango, como si hubiera una evaluación biológica de los olores dirigida al éxito de la reproducción. Ahora, aparte de la dificultad de definir al hombre de alto rango, me parecía arriesgado hacer declaraciones tan reduccionistas.

Parece que puede haber una diferencia de género en el sentido del olfato.

El olfato tiene una historia natural de diferencias de género, y es el macho quien tiene un sentido del olfato más desarrollado, ya que es él quien tiene que moverse en busca de la hembra, una actividad para la que es esencial seguir el rastro olfativo, lo que los etólogos llaman “pluma”. Este comportamiento, que encuentra su definición eclipsante en el dicho “el hombre es un cazador”, proviene de una regla darwiniana según la cual todas las actividades potencialmente más peligrosas, como los desplazamientos, deben ser soportadas por los machos. Para la conservación de la especie es esencial mantener un alto número de hembras, por lo que los machos corren el riesgo de ser eliminados.

En la especie humana son las mujeres las que muestran una mayor agudeza olfativa, no está claro si por razones biológicas ligadas a la historia natural de nuestra especie o, vista la plasticidad del sistema olfativo, a la historia personal, es decir, a la exposición a un mayor número de moléculas olfativas, por ejemplo, en la preparación de los alimentos. Una prueba de la sensibilidad femenina a los estímulos olfativos es la sincronización de las menstruaciones en las comunidades femeninas (en conventos o ambientes de trabajo), un fenómeno, dependiente del sentido del olfato, que ha sido ampliamente descrito y demostrado. En la especie humana, las diferencias están relacionadas con la edad. El estándar del olfato ya está establecido en el útero. Entre la quinta y undécima semana intrauterina aparecen de hecho los primeros receptores del sentido del olfato y se comienzan a formar nervios y bulbos olfativos, mientras que en la duodécima semana aparecen las papilas gustativas, receptores del gusto, un sentido estrechamente relacionado con el sentido del olfato. La idea de que el feto es un ser amorfo, que hasta que no nace es como una hoja en blanco sobre el mundo, es errónea. A lo largo de la fase prenatal, la audición y el olfato, en la jerarquía de los sentidos, son muy importantes. El feto conoce la voz de la madre, y recibe estímulos gustativos y olfativos que provienen de la dieta de la madre y entran en la composición del líquido amniótico. El recién nacido nace con una memoria olfativa que le permite orientarse en el nuevo entorno con mayor tranquilidad y, al tener tendencia a un fenómeno básico llamado neofobia, se alimenta de leche materna porque reconoce sus olores. El etólogo

Irenäus Eibl-Eibesfeldt, alumno de Konrad Lorenz, planteó la hipótesis de que la memoria olfativa es la base del porqué el recién nacido encuentra el pezón de la madre, una típica respuesta automática ligada al reconocimiento de la leche materna. El olfato es muy importante en los primeros meses de vida; después su papel disminuye, tanto por su menor uso en comparación con otros estímulos sensoriales, como por el establecimiento de una mayor complejidad en las funciones intelectuales que se localizan en la corteza cerebral y que se vuelven decisivas en el aprendizaje de conductas.

En conclusión, el sistema del olfato es muy complejo y pasamos por alto muchas de sus implicaciones en nuestras vidas.

Por supuesto, no debemos olvidar que existen fuertes diferencias culturales ligadas a la percepción de los olores, muchos rituales como el hecho de las abluciones o de incensar, tienen que ver con este sentido. Es importante recordar que el olfato es un sentido que crea hábito muy fácilmente, un olor demasiado conocido ya no se siente, en el sentido de que ya no te das cuenta de su presencia, e incluso esto puede tener un valor cultural.



Arriba,
Giuseppe
Arcimboldo
«Primavera»
(1563)

En la página
anterior,
Jan Brueghel el
viejo «Flores en
un vaso y en un
cesto» (1615)



*El etólogo
asegura
que el
olfato juega
un papel
fundamental
en la esfera
afectiva y
emocional*

Aromas, fragancias y perfumes

DE NURIA CALDUCH-BENAGES

Una vez recibí una invitación para asistir a un famoso festival de perfumes. Al principio pensé que la persona que me había contactado estaba equivocada: aunque me gustan mucho los perfumes, especialmente los florales y los cítricos, no soy una experta. Intenté disuadirla, explicándole que yo era biblista, que obviamente me dedicaba a la Biblia y que a nivel técnico no sabía nada de perfumes. “Sí, sí, lo sé –respondió enseguida–, Usted ha escrito un libro titulado *El perfume del Evangelio* y por eso le llamé: es justo este aspecto lo que nos interesa”. Acepté esa invitación inusual y preparé un informe sobre perfumes, aromas y fragancias en la Biblia, ilustrando el tema con textos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Aunque parezca extraño, las páginas bíblicas están impregnadas de perfumes, bálsamos y aceites aromáticos, la mayoría de ellos exóticos y muy preciosos, que los poetas utilizan como metáforas para expresar lo inexpresable, para revelar el misterio, para acercarse a lo divino. A menudo los perfumes denotan, o quizás sería mejor decir sugieren, sentimientos sublimes como el amor o la gratitud.

En el jardín encantado del Cantar de los Cantares, la amada está en un campo de lirios y su amado le hace un ramo de ellos. Es un jardín donde él camina, inhalando aromas de enebro y canela, aromas de nardo y aloe, esencias de mirra e incienso. Los perfumes no son sustancias externas a la persona, sino una expresión de su personalidad, un reflejo de su deseo y de su amor. Son una proyección de la persona que se abre al otro, en busca de un gesto, de una mirada, una caricia, una señal. Los perfumes son poderosas herramientas de comunicación, capaces de inundar una casa con su fragancia. Así lo narra el autor del cuarto evangelio en el episodio conocido como la unción de Betania (cf. Juan 12,1-8). Para asombro de los presentes, María, la hermana de Marta y Lázaro, roció los pies de Jesús con una libra de olor a nardo auténtico. La casa estaba llena de esta fragancia dada la cantidad y el tipo de perfume vertido. Judas se escandaliza ante tal derroche y Jesús defiende el gesto de la mujer interpretándolo a la luz del Misterio Pascual, lo entiende como un anuncio de su muerte, sepultura y resurrección. Del texto se

deduce que María roció tanto perfume sobre los pies del maestro, que tuvo que secarlos con su cabello. Su cabello capta el aroma de los pies de Jesús y se siente envuelta en su fragancia. En ese momento, el olor de Jesús es también el olor de María. El aroma compartido del nardo se extiende por toda la casa llenando de su aroma los rincones más recónditos. En esta escena Marcos y Mateo descubren la fuerza expansiva del Evangelio que, como el olor de nardo, se extiende por todo el mundo.

Y, si hablamos de perfumes bíblicos, debemos mencionar el gesto hecho por la pecadora en la casa de Simón el fariseo,



Maestro flamenco “La mujer de Betania” (detalle, 1510-1520)

en un episodio del Evangelio de Lucas (cf. 8, 36-50). También es una mujer la que unge con un perfume. Jesús es el ungido y el gesto de la mujer desconcierta a los invitados, especialmente al propietario de la casa. Aunque no es el gesto de la pecadora lo que escandaliza a Simón el fariseo, sino la actitud de Jesús, que acepta sus besos y caricias sin reservas. No sabemos nada de la mujer del perfume, ni siquiera su nombre, pero entendemos que sufrió mucho y que en una ocasión Jesús le tendió la mano. Cuando se entera de que Jesús está en la ciudad, no duda en acudir a él para expresarle su reconocimiento. En lugar de palabras, usa gestos. Gestos gratuitos, desbordantes de ternura, algo inconcebible en su cultura pero que le permiten comunicarse con el maestro en silencio, a través de sus besos, lágrimas y caricias. La unción de la mujer expresa gratitud. Sus manos se deslizan con gestos lentos y cadenciosos por los pies de Jesús, como si tratara de salir de su cuerpo para explo-

rar el que está acariciando. Sus manos, impregnadas de perfume como las de la amada en el Cantar de los Cantares, tocan suave y delicadamente los pies de Jesús. Como en la escena de Betania, la fragancia envuelve al discípulo y al maestro. El olor de la mujer es también el olor de Jesús.

Hablamos del perfume en relación con mujeres de carne y hueso, pero en la conclusión hay una sorpresa. Es un texto muy bello que está en un libro sapiencial conocido como Ben Sira, el Sirácides o Eclesiástico. En el capítulo veinticuatro, oímos la Sabiduría personificada que habla de sí misma y de la misión que el Señor le ha confiado. Y lo hace de manera evoca-

dora que recuerda el paraíso terrenal del Génesis, el exuberante jardín del Edén. Árboles, plantas, flores, frutos y perfumes describen su trayectoria y expansión en Israel. Cito sólo el versículo 15: “Yo exhalé perfume como el cinamomo, como el aspálato fragante y la mirra selecta, como el gálbano, la uña aromática y la estacte, y como el humo del incienso en la Morada”.

Así expresa la mujer la Sabiduría. Ella es un perfume que emana fragancia y buen olor, un perfume con fuertes connotaciones culturales, ya que los ingredientes mencionados se utilizan para preparar el aceite de la unción y el incienso litúrgico. Su propósito es perfumar con aromas la tierra de la Convención y el arca del Testimonio, lugar de la presencia divina, como leemos en el Éxodo (cf. 30, 23-24). ¿Quién podría dudar de la función litúrgica de la mujer de la Sabiduría? Como dije, no soy una experta, pero mi pasión por los perfumes, especialmente los bíblicos, aumenta con el paso de los años.

CONSAGRADOS POR LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

El perfume de la vida consagrada

DE BRUNO SECONDIN

¿Qué sería del mundo sin perfume? Como creo que el alma sin perfume sería aplastada, quemamos especias de mirto al final del shabbat”, se lee en el libro judío de Zohar (20a) que comenta el Éxodo. Y “¿cómo sería el mundo si no hubiera religiosos?” (Teresa de Ávila, Vida, 32, 11). Estas dos frases me vienen a la mente cuando pienso en la vida consagrada, que Juan Pablo II compara con la escena del perfume de Betania (cf. Jn 12,1-8): De esta vida «derramada» sin escatimar nada se difunde el aroma que llena toda la casa. La casa de Dios, la Iglesia, hoy como ayer, está adornada y embellecida por la presencia de la vida consagrada”. La Iglesia no puede renunciar absolutamente a la vida consagrada, porque expresa de manera elocuente su íntima esencia «esponsal». (*Vita consecrata*, 104, 105). Tal vez sea la primera vez que el Magisterio recurre a esta analogía, pero ciertamente la combinación es muy sugerente, que se repite en el mismo texto cuando evoca la “superabundancia de gratitud y amor” (ibid., 105).

La audacia, pero también la originalidad de la metáfora, me convencieron en su momento para nombrar *El perfume de Betania* (Ediciones Dehoniane Bologna) en mi comentario sobre la exhortación apostólica: era realmente algo nuevo. Ciertamente, en la literatura espiritual, especialmente en la mística, el icono de Betania –a veces superpuesto al de la mujer anónima de la casa de Simón el leproso: cf. Mc 14, 3-9; Mt 26, 6-13; Lc 7, 36-50– se repite con cierta frecuencia, subrayando detalles aquí y allá. Como Teresa de Lisieux que hace hincapié en la jarra “rota” y, por tanto, en la pérdida total del perfume irrecuperable.

Si se piensa bien, el sentido del olfato se refiere inmediatamente a los olores, y éstos a un mundo sensual con conexiones complejas y reverberaciones que dan vértigo. Por esta razón, el sentido del olfato podría considerarse inadecuado para la vida religiosa y la religión misma.

La Biblia es un libro lleno de perfumes, a veces con nombres misteriosos, a veces más familiares. “El perfume y el incienso animan el corazón” se lee en el libro de Proverbios (27, 9). A su vez, el Cantar de los Cantares –una referencia clásica de los místicos y también de la vida consagrada– es el libro más vertiginosamente expuesto a los sentidos corporales e incluso eróticos, y tal vez por ello es también el más perfumado. El juego recíproco de encontrarse y buscarse, de conocerse y amarse se mezcla con los olores del cuerpo y de la naturaleza.

El sentido del olfato es el más enigmático de los cinco sentidos, y sabemos poco sobre su funcionamiento. Pero la industria de las fragancias siempre ha sido muy activa, llena de experimentos y curiosidad, incluso entre los religiosos. Un ejemplo clásico, aún hoy considerado pionero y maestro, es el religioso francés Louis Feuillée (1660-1732), de la orden religiosa de los Mínimos, quien además era botánico, geógrafo y viajero de parte de Luis XIV. Los monasterios siempre han sido lugares de alquimia y esencias, desde el misterioso monasterio de Qumran hasta nuestros días. ¡Cuántos perfumes, cremas, destilados o esencias han inventado los monjes y monjas!

Un comentario hebreo sobre la Escritura afirma que el sentido del olfato es el único de los cinco que no ha participado en el pecado de los orígenes y por lo tanto tiene su propia nobleza al servicio del alma. Incluso el Mesías que vendrá “tendrá el olor del temor del Señor” (Isaías 11, 3). En la Biblia hay referencias constantes a la alegría de los perfumes y sus variedades, pero también a las consecuencias contrarias, como el hedor, para los que se alejan del Señor. En los evangelios se encuentra una verdadera fiesta de perfumes. Comenzando con los Reyes Magos y la mirra dada a Jesús recién nacido, y terminando con la tristeza de las mujeres que llevaron los perfumes para ungir el cuerpo del maestro la mañana después del sábado y

que se convirtieron testigos privilegiadas de la resurrección.

Alrededor de la muerte del maestro hay un exceso de perfumes: 32 kilos traídos por Nicodemo para el entierro y al menos tres frascos de aromas de las tres María en el amanecer de la Pascua. Podemos comparar esta concentración de perfumes en el nuevo sacrificio y el nuevo templo como un *rèach nichòach*, “perfume que inspira serenidad”. De hecho, así es como se definió la mezcla aromática y ahumada que impregnaba el templo con sacrificios y aturdía. (cf. Isaías 6,4).

Siglos después, Pablo invitó a los cristianos de Corinto a ser “ante Dios el perfume de Cristo entre los salvos y entre los perdidos” (2 Corintios 2,15). Respondiendo a la generosidad de la comunidad cristiana de Filipenses, el apóstol reconoce “el aroma de un olor dulce” (Filipenses 4, 18). Al final de la Biblia, el Apocalipsis huele con abundancia de esencias fragantes, en “copas de oro llenas de perfumes” (5, 8), expresión que recuerda al Pentateuco (cf. Números 7, 86).

Para volver al punto de partida, ¿cómo no sentir que la vida religiosa con ese “perfume que inspira serenidad” con su totalidad de compromiso, con su servicio que busca nuevas formas de cercanía al otro, con el ardor de un amor “conyugal y gratuito”, con la delicadeza de una cercanía que se convierte en ternura y misericordia, y con la luminosidad de tantos ancianos, han transformado los sacrificios y la generosidad en serenidad? Todos hemos conocido a estas personas, transparentes y diáfanas, no gracias a un maquillaje forzado, sino por una serenidad y una luz misteriosa que emana de su interior. Luz, pero también perfume: lo que se llama “el olor de la santidad”, que se combina con el “olor de las ovejas” del que habla Papa Francisco, pensando en los sacerdotes que se dejan impregnar por la vida y el esfuerzo de su pueblo, del que también reconocen y respetan la “nariz” para orientarse, es decir, el instinto de fe (cf. *Evangelii gaudium* 119).



Los pobres son considerados responsables de su estado y el hedor sería la prueba de que no quieren mejorar su situación

Todo el mundo sabe que los pobres tienen un mal olor, de una forma u otra. Este olor es nauseabundo, asfixiante e imposible de tolerar, y cuando lo olemos intentamos mantenernos alejados de él. Esta es una de las razones –y no la última– que nos aleja de los pobres. Hay un olor a pobreza que adquiere un significado simbólico porque se refiere inmediatamente al aspecto repugnante de una persona que no es capaz de lavarse, o ni si quiera siente la necesidad de ello.

Quien evoca un mal olor se siente incómodo al presentarse delante de los demás porque no vive de acuerdo con los criterios sociales de aceptabilidad. Esta condición lleva a la pérdida del sentido de la dignidad de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios. Los niños pobres también huelen mal, porque sus sábanas no se han secado bien, o porque viven en chozas y sus padres hacen fuego para cocinar o calentarse. Es decir, sus casas son incómodas y poco saludables, llenas de ratones, cucarachas e insectos.

El olor a pobreza afecta a toda persona y a todo ser. La pobreza no sólo se refiere a la posesión de objetos, sino a cualquier otra realidad que pueda dar seguridad, porque la tendencia a la posesión y a sentirse bien está

La pobreza produce mal olor

DE RITA MBOSHU KONGO

presente en todo ser humano desde el principio de su existencia: basta con pensar en el niño que dice “mío” antes de decir “yo”. El olor de la pobreza es, por tanto, un síntoma de otros males: privación, sufrimiento, necesidad, ansiedad, frustración, falta. Por esta razón, la falta de lo que una persona necesita crea distancia, que no es simplemente física, sino también relacional, psicológica, moral y espiritual.

Entre los seres humanos, donde la persona se define a través de una red de relaciones, el olor de la pobreza aísla a la persona, y por lo tanto el sufrimiento no es sólo económico sino también relacional. El pobre es despreciado por sus hermanos y sus amigos que también se distancian de él. La persona humana se ve así reducida a un estado de pobreza antropológica o de identidad. Los pobres no tienen nombre ni derecho a hablar, porque alguien más debe hablar en su lugar y explicar o decidir lo que los pobres necesitan.

Se podría decir que el olor de pobreza lleva a la persona humana a cerrar sus relaciones con los demás, dando lugar al aislamiento y a la dificultad de amarse a sí mismo y a los demás, hasta el punto de rechazar incluso el amor de Dios. Se cierra, porque la persona se cree insignificante y pasajera, extraña en un universo constituido por el azar, como afirma Benedicto XVI en la encíclica *Caritas in veritate* (n. 53).

Un ejemplo de olor de pobreza y sus consecuencias lo encontramos en un episodio en París, en el museo de Orsay. Una familia fue expulsada por su mal olor: una pareja y su hijo deambulaban por las obras expuestas, cuando un cuidador les ordenó abandonar el museo porque otros visitantes se habían quejado de su olor. Así, rodeados de cuatro agentes, la pequeña familia se vio obligada a marcharse.

La ministra de Cultura, Aurélie Filippetti, dijo que el incidente era “lamentable”, y alabó el trabajo del personal: “Creo que hicieron su trabajo, porque también mantuvieron la oportunidad de que estas personas visitaran el museo en condiciones más dignas de las que tenían en ese momento”, dijo. Detrás de estas palabras hay una realidad diferente. Desde el Ministerio, basándose en el informe del museo de Orsay, se filtró que el hijo de la pareja se había defecado en sus pantalones. De ahí el mal olor durante la visita, que duró varias horas. El personal intervino “para preservar la dignidad” del niño, ya que el olor o la presencia de una mancha habrían

hecho sospechar cual era el origen de ese desagradable olor. Los pobres no son gente corriente, y en este caso habría sido una verdadera discriminación por parte de los otros visitantes causada por su origen social.

La sociedad no puede soportar el olor de la pobreza porque el pobre molesta, es un ser sufriente y su sufrimiento es total: físico, emocional, relacional, espiritual, intelectual. La pobreza hace a la persona vulnerable, subordinada, incapaz de levantar los ojos para mirar a los demás. Y es inferior, débil y será excluido porque no se adapta a las normas de la sociedad. Por eso podemos hablar de discriminación por el olor de la pobreza. La pobreza huele, en el sentido de que los pobres se avergüenzan y tratan de ocultar su estado de vida que los hace socialmente excluidos, vulnerables, sin resistencia, incapaces de responder a la cita de dar y recibir.

La pobreza transmite un mal olor porque los pobres son considerados responsables de su estado de pobreza y el hedor sería la prueba de que no hacen ningún esfuerzo por mejorar sus condiciones de vida. Si el lenguaje hacia los pobres ha cambiado de alguna manera, la mirada hacia estas personas pobres y que por lo tanto envían un mal olor, sigue siendo un signo de fuerte exclusión.

La pobreza extrema termina creando un sentimiento de fatalidad, los pobres empiezan a creer que han sido creados para sufrir y que deben aceptar el estado en el que viven, perdiendo así toda capacidad de reacción para salir de ella. Es necesario ayudarles a comprender que a través de la reflexión y la acción son capaces de mejorar su situación y crear las condiciones para una vida digna a través de un proceso llamado “empoderamiento”.

Un ejemplo positivo. En el centro penal de Bouaké, en Costa de Marfil, una enfermera voluntaria permanente pidió a los prisioneros que se unieran para combatir la miseria en la que vivían. Pero al principio los presos no aceptaban el hecho de decir que en la cárcel sólo había sospechas y violencia extrema. La enfermera les habló de un “club del conocimiento” y de la solidaridad bajo el lema “deja que aquellos que saben algo enseñen a los que no saben”. Los presos se preguntaron qué aprender en una prisión donde ya era difícil comer para sobrevivir. La enfermera trajo algunos trozos de tiza a la prisión y comenzó a escribir en las paredes y puertas de las celdas, así algunos reclusos comenzaron a enseñar a otros que no sabían leer. Otros se pusieron manos a la obra con el teatro, porque sabían actuar. “Cuanto más crecía el club, más crecía la unidad del grupo”, recordó

un expreso. Y después de la alfabetización y después del teatro, surgieron otros talentos.

Durante una visita anual del Ministro de Justicia, los presos quisieron ofrecer una escultura a la basílica de Yamoussoukro. Uno de los prisioneros había enseñado a otros a hacer tallas de madera. Gracias a este conocimiento, transmitido año tras año, los prisioneros recuperaron la confianza en sí mismos y prepararon un modelo de estatua para el rector de la basílica. Tiempo después, una hermosa estatua de la Virgen de seis metros de altura, llamada Nuestra Señora de Todos, fue presentada al ministro, y en febrero de 1992, en presencia de funcionarios del centro penal y autoridades políticas y religiosas, fue colocada en la basílica.

El mismo expreso dijo que “la visión de la administración penitenciaria, las autoridades y los supervisores había cambiado desde entonces. Hemos comenzado a creer en nosotros mismos. Es un gran orgullo para nosotros, la solidaridad que hemos construido sigue viva. Nuestras cadenas han caído al crear este club del conocimiento”. Nuestro grupo ha demostrado que cuando la gente se junta, las cosas pueden cambiar.

Aquellos que son valientes pueden salir del olor, del silencio. En el caso de los prisioneros de Costa de Marfil, les costó mucho tiempo, esfuerzo y coraje, así como a muchos otros. La inteligencia de las personas que viven en la extrema pobreza es un recurso del que nuestra humanidad no puede prescindir. En la medida en que se la reconoce y se la toma en serio, esta inteligencia es una brújula para avanzar hacia un mundo libre del terror y de la miseria que apesta.

Entonces, incluso si la pobreza produce un mal olor, el compromiso de cualquier persona que no apeste debe ser el de no dejar a nadie atrás. Esto significa abordar las causas profundas de la pobreza para eliminarla por completo; significa escuchar los puntos de vista y las opiniones de las personas que viven en la pobreza y en condiciones de malos olores, reuniéndose con ellos. Esto significa unir las manos con dignidad para poner fin al olor de la pobreza.



Peregrinos en la basílica de Yamoussoukro (Afp)

Abajo, un vertedero en Lagos en Nigeria



Las almas pueden ser reconocidas por el olfato

DE SAMUELA PAGANI

Se dice que Harim ibn Hayyan se reunió con Uways al-Qarani y le dijo: ‘La paz sea contigo, Uways ibn ‘Amir’, y que él respondió: ‘Y sobre ti la paz, Harim ibn Hayyan’. Harim se sorprendió: ‘Te reconocí porque había oído tu descripción; pero ¿tú cómo me reconociste a mí?’ Uways respondió: ‘Mi espíritu ha reconocido al tuyo, porque los espíritus de los creyentes huelen como los caballos; los que se reconocen están cariñosamente familiarizados y los que se ignoran chocan entre sí’. ‘Te amo en Dios’, exclamó Harim. ‘No creo que se pueda amar a nadie más que a Dios’, respondió Uways. ‘Quiero ser tu amigo íntimo’, dijo Harim. ‘No creo que se pueda tener un amigo íntimo, excepto Dios’, respondió Uways”. (Daylami, Trattato sull’amore místico –Tratado sobre el Amor Místico, 153).

Los protagonistas de esta historia son dos ascetas del primer periodo islámico. Se imagina que su encuentro tuvo lugar a orillas del Éufrates poco después de la muerte del profeta Mahoma. Muchos hablaron de Uways al-Qarani, un solitario de origen yemení, sin haberlo visto nunca. Algunos dicen que el Profeta mismo, aunque nunca lo conoció, escuchó al ángel Gabriel describirlo y recomendó a sus compañeros que lo buscaran para obtener su intercesión. También se dice que Uways se convirtió al islam por inspiración divina directa. Por lo tanto, este personaje escurridizo se ha convertido en el símbolo de aquellos que entran en el camino místico sin haber sido iniciados por un maestro viviente. En la historia, el encuentro “oloroso” entre los dos ascetas termina con una separación: Uways está dispuesto a reconocer al visitante, pero no renuncia a su soledad y a su búsqueda.

La frase de Uways al-Qarani sobre las almas que se reconocen por el olfato, es una rara variante de un hadiz atribuido al Profeta, donde en lugar de la similitud con los caballos, hay una imagen marcial: “Los espíritus son soldados de armas; los que se reconocen entre sí son aliados y los que se ignoran unos a otros, chocan. Este hadiz se encuentra a menudo en los tratados sobre el

En el mundo musulmán, acciones y palabras tienen un olor inmaterial que coincide con su significado

amor místico y profano, apoyando la tesis de que la amistad gratuita entre creyentes, como el amor puro entre hombre y mujer, tiene su origen en una unión primordial de las almas. La variante en la que el reconocimiento está determinado por el olor se refiere a la relación etimológica entre “espíritu” (rih) y “olor”, uno de cuyos nombres en árabe es ra’iha, o incluso rih, sinónimo de “viento”. De Uways al-Qarani se dice que emanaba un intenso aroma a almizcle (rih), signo de su santidad, oculto por su aspecto resignado: algunos de los pocos que lo vieron con sus ojos, afirman de hecho que era un esclavo negro, vestido con lana parchada, como los monjes y más tarde los sufíes (cf. Abu Nu’aym, El ornamento de los santos, II, 81). Por otro lado, el aroma se refiere a la intensidad del deseo de una amada ausente o del paraíso. La poetisa Jamil (siglo VIII) asocia las dos cosas hablando de su amada Buthayna: “Como el profeta Idris ardió de deseo por el jardín de la eternidad, así yo ardo de deseo por el olor (rih) de su escote”.

El olor hace perceptible eso que los ojos no pueden ver. Según un misterioso hadiz atribuido al Profeta, dijo: “Siento la respiración del Misericordioso (nafas al-rahman) que viene de Yemen. Algunos comentaristas ven aquí una alusión a Uways al-Qarani, que vivía en Yemen en la época del Profeta. Sugiriendo que el Profeta tenía noticias de Uways por el viento del sur, del viento de la antigua Arabia Félix, de la tierra de las especias

y de la Reina de Saba –en la época de los orígenes del islam era sede de importantes comunidades cristianas–, los comentaristas nos ofrecen una alusión poética a la influencia de los modelos cristianos de santidad en la formación de la piedad musulmana. Esta influencia asume en la imaginación musulmana una consistencia aérea, a la vez concreta y escurridiza, como el polen transportado por el viento.



Caligrafía del nombre de Mahoma en cuyas letras está inscrita la sura del Corán titulada “Mahoma” (póster indio).



Esta “respiración del Misericordioso” se convierte en un término técnico en el léxico de Ibn ‘Arabi, que utiliza esta expresión para indicar la realidad intermedia entre Dios y el mundo. Como explica Ibn ‘Arabi en el capítulo sobre el amor de las Revelaciones de La Meca, “el origen de donde nace el suspiro del Misericordioso es el amor a las criaturas de las que desea ser conocido”. Como un amante suspira produciendo la sustancia sutil en la que aparece la imagen del amado, así Dios exhala una nube que exterioriza su misterio insondable. Esta sustancia primordial es el receptáculo para todo lo posible, a la que Dios transmite la existencia en acción animándolos con la palabra creadora en la que se articula el aliento. Todo lo posible son manifestaciones del misterio divino, pero el reflejo más completo de la esencia divina es la forma humana.

Origen del universo, la “respiración del Misericordioso” es también objeto de la nostalgia de todas las criaturas: “No es ni espíritu ni cuerpo; no hay límite que lo defina, sino que es el objeto eterno del deseo; todas las criaturas lo buscan y nadie se apodera de él” (Rivelazioni, 49).

Ibn ‘Arabi medita sobre el vínculo entre la “respiración del Misericordioso” y otro hadiz del Profeta: “Tres cosas de este mundo tuyo se han hecho amigables para mí, mujeres, perfume (tib) y oración”. La palabra que en este dicho indica perfume está etimológicamente ligada al tayyib, “bueno”, que es también uno de los nombres de Dios. Ibn ‘Arabi explica que el Profeta ama el perfume porque a través del buen olfato se percibe el aliento del Misericordioso que es el origen de las cosas y penetra en todo el universo. Mientras que otros comentaristas

musulmanes reducen el alcance de estos dichos de Mahoma a reconectarlos con las circunstancias externas de su vida, Ibn ‘Arabi los devuelve a su significado simbólico, dejando que las consonancias de estas imágenes resurjan con el Cantar de los Cantares: “tu nombre es un perfume que se derrama” (1, 3); “¡Despierta, viento del norte, ven, viento del sur! ¡Soplen sobre mi jardín para que exhale su perfume!” (4, 16).

Ibn ‘Arabi comenta ampliamente el dicho sobre las mujeres, la fragancia y la oración en el último capítulo de las Gemas de la Sabiduría, donde expone la “sabiduría” escondida en la figura de Mahoma. La estructura formal de este dicho se refiere, según Ibn ‘Arabi, a la naturaleza mediadora del perfume, ese elemento ni totalmente físico ni enteramente espiritual que está conectado al mismo tiempo con el mundo corporal y el mundo divino. En efecto, el perfume ocupa el lugar central entre la mujer y la oración, porque se relaciona con la primera y la última y revela la conexión entre ambas: el abrazo de la amada es “el perfume más exquisito”, y la mujer, como la misericordia creadora, tiene el poder de transmitir el “perfume de la existencia”; la oración es la palabra “buena”, o “perfumada”, a través de la cual el creyente se encuentra cara a cara con Dios. El aliento que es la matriz de la vida y el aliento emitido en forma de palabras son una sola sustancia exaltada por Dios, en sí misma buena y perfumada.

¿De dónde viene la distinción entre el buen y el mal olor? En una página densa, Ibn ‘Arabi aborda la cuestión del unde malum, uno de los grandes nudos de su filosofía monista, desde una perspectiva olfativa. Esto

no es algo peregrino, ya que, en árabe, como en otras lenguas semíticas, lo bueno y lo malo están relacionados etimológica y semánticamente con el buen y el mal olor. Ibn 'Arabi considera la cuestión desde un punto de vista físico y moral. En el mundo físico, la diferencia entre olores agradables y desagradables depende de los diferentes temperamentos de los seres vivos con sentido del olfato (ángeles, seres humanos y animales), y por lo tanto es relativa. Ninguna sustancia es absolutamente mala o apesetosa. El mal pertenece enteramente a la esfera moral, es decir, proviene de las acciones voluntarias y de las palabras de los hombres. Las acciones y las palabras tienen un olor inmaterial que coincide con su significado, es decir, con la intención con la que se realizan o se dicen. Para percibir el olor de esta intención, se necesita una nariz divina.

El vínculo entre Mahoma y el perfume es un aspecto importante de la devoción popular a su persona. Cuenta la leyenda que, durante la ascensión celestial de Mahoma, gotas de su sudor cayeron al suelo y de ellas nació la primera rosa. En la iconografía popular, Mahoma se representa a menudo como una rosa, o como una figura de luz de la que irradian las flores. Rumi, el gran poeta persa, interpreta el significado de estos símbolos contrastando el perfume del Profeta con sus milagros, es decir, las manifestaciones visibles del poder divino que obligan a los incrédulos a someterse: "Los milagros sirven para vencer a los enemigos, el aroma para atraer corazones. La fe no se basa en milagros. Un aroma dulce atrae a las abejas que dan la miel".



"La luz de Mahoma", manuscrito del Libro de Sanación de Qadi 'Iyad (circa 1900).

Olor a santidad

Al olfato se le atribuye una intimidad con lo divino con un arraigo popular

DE LUCETTA SCARAFFIA

El olor a santidad, junto con su opuesto, el olor a azufre, son expresiones que durante siglos han formado parte de la tradición popular, y no sólo de la cristiana. Se usan metafóricamente en el lenguaje común, y no se puede negar que son conceptos muy exitosos. Aún hoy, aunque en tono irónico –y sobre todo en contextos muy alejados de los religiosos, que al final siguen tomándose en serio estas cosas– se oye "aquí huele a azufre" para señalar el peligro de algún engaño, o que tal persona está "en olor de la santidad" para definir a una persona que está por encima de cualquier sospecha.

Estas metáforas parten de una convicción común: que el sentido del olfato es el más adecuado y el más sensible, y también para captar la naturaleza espiritual de un fenómeno y especialmente de una persona. Es curioso el hecho de que al sentido que más nos acerca al mundo animal se le haya dado una tarea tan importante, me atrevo a decir decisiva, la de valorar la pertenencia de un ser humano en la categoría más apreciada o en la más odiada.

Al sentido del olfato se le atribuye una intimidad con lo divino que hace funcionar el reconocimiento fundamental para juzgar la naturaleza, por definición ambivalente, de lo sobrenatural.

Es una tradición muy antigua, anterior al cristianismo, que está ligada a una concepción de lo sagrado que no se basa en la oposición entre cuerpo y espíritu, en una época en la que –como dice Cristina Campo– todavía se sentía "la maravillosa carnalidad de la vida divina".

El olor que emanan los restos terrenales de un santo –que debería haber sido encontrado incorrupto– ha sido considerado durante siglos una prueba irrefutable de santidad. Una prueba concreta y sensible de la victoria sobre la muerte, por tanto, de un cuerpo que ya en vida se había desprendido del destino humano común.

Era una prueba milagrosa que se podía manipular con cierta facilidad, por ejemplo, quemando perfumes en los alrededores, o derivándolo del hecho de que, en el momento de la muerte el cuerpo había sido embalsamado con perfumes porque ya se le consideraba santo. Pero obviamente esto no se podía considerar como una prueba de las virtudes morales del candidato a la canonización, sino de sus poderes "mágicos".



Placa con ángeles que inciensan (Limoges, 1170-1180)

Después del Concilio de Trento se establecieron reglas claras y rígidas para el proceso de beatificación y canonización, que fue propugnado en las fases finales y decisivas de Roma, y basado sólo en las virtudes heroicas demostradas en la vida del candidato, a las que se añadió la prueba de un milagro, casi siempre de curación, confirmado por la ciencia con un médico. Como escribe Cristina Campo, a lo largo de los siglos "cada prueba fue superada puntualmente por la doctrina, pero pareció llevarse consigo una franja de corporeidad radiante, de la piel viva de la antigua vida cristiana".

A partir de este momento, los aspectos prodigiosos de la santidad, que también se verifican, pierden su valor como prueba a los ojos de la institución y permanecen sólo en la memoria de la religiosidad popular. Un recuerdo tenaz con la resistencia de las expresiones metafóricas mencionadas al principio y que nos han llegado hasta nuestros días.

Con el tiempo prevalece la idea de que la percepción sensorial engaña, que para conocer el mundo hay que recurrir a la racionalidad, al espíritu científico, dejando de lado esa "liturgia del cuerpo humano", como escribe Catherine Chalié, de un "cuerpo extendido, a través de todos sus sentidos, hacia una realidad que lo supera". Esto ha significado perder la actitud de distinguir la dimensión simbólica en lo que se da a cada uno para percibir.

El olor de la santidad y su opuesto, el olor del azufre, se refieren simbólicamente a la muerte: el azufre, en algunas de las combinaciones químicas en las que se encuentra en la naturaleza, emite un hedor molesto, repelente, que recuerda la corrupción de los cadáveres. El olor del azufre es el olor del infierno porque es el olor de la muerte. Y es significativo que se indique el elemento que produce este olor, y por lo tanto que el hedor se atribuya a un solo elemento, el azufre, precisamente. Todo lo negativo se reduce a una sola sensación, la del terror, frente a la decadencia de la muerte.

El olor de la santidad, en cambio, es indefinido y puede adoptar formas muy diferentes: para algunos santos es un olor a mirra, para otros a rosa o lirio. Y hay santos que ya huelen durante su vida como Catalina de Bolonia, Catalina de Siena, Lidvina, Filippo Neri, u otros en el momento de la muerte como Pablo, Policarpo, Simeón Stilita, Teodoro, Isabel de Hungría, José de Cupertino, Teresa de Ávila, y otros incluso después de la muerte como Ana, Catalina de Alejandría, Juan Crisóstomo, Alexis, Agustín de Canterbury, Antonio de Padua, Francisco Javier o Ignacio de Loyola. Para muchos es sólo un perfume, para otros un aceite perfumado que fluye de la tumba, que generalmente también se considera taumatúrgico. La victoria sobre la muerte toma formas y sensaciones diferentes: si la condena a muerte es única para todos, los caminos de la perfección son muchos, quizás tantos como seres humanos.

Queda una pregunta: ¿por qué una señal es considerada perfume y no luz, o no sólo luz? El perfume, a medio camino entre lo material y lo inmaterial, se refiere a la mediación entre el cielo y la tierra, como lo confirma el uso litúrgico de un óleo perfumado, el crisma, que constituye el medio de la consagración. Este aceite perfumado marca el descenso del Espíritu en el bautismo, en la confirmación y la ordenación, así como en el pasado en la consagración de los reyes. El bálsamo con el que está compuesto ha sido utilizado por la medicina a lo largo de los años, como remedio para la corrupción en todas sus formas: el mismo bálsamo se presenta como una sustancia inmortal.

La persistencia en la cultura cristiana de la referencia al olor de la santidad, así como su opuesto, el olor del azufre, indica la coexistencia en su interior entre una religión de elites –que favorece los temas morales y filosóficos– y una religión popular, impregnada de realidad, para alguna superstición, y por lo tanto se refiere a un frágil equilibrio entre religión concreta y religión abstracta. Y el uso profano de la expresión nos recuerda, sin embargo, que ha permanecido como un recuerdo de esta tensión incluso en el campo de la cultura laica.

De la fragancia femenina al acto de fe

DE CONCEPCIÓ HUERTA

En el oriente bíblico, se sabía que los perfumes y aceites aromáticos se utilizaban para el cuidado del cabello y del cuerpo, en general y en circunstancias particulares de la vida como bodas, ritos funerarios, ritos de unción, adoración y otros, pero también para perfumar ropa y muebles. Aloe, casia, mirra, incienso y nardo, cultivados en el valle del Jordán o importados de Arabia y otros lugares, fueron la base de esos perfumes. Las plantas aromáticas se colocaban en bolsas colgadas de la ropa. En el texto bíblico encontramos muchas referencias al uso de perfumes y a las ocasiones apropiadas para perfumarse. Además, uno de los caracteres antropomorfos atribuidos a Dios es su capacidad olfativa. Por esta razón en el culto, el olor de ciertos sacrificios le agrada y el de otros no.

Lo que el Señor espera de su pueblo es que le correspondan en su amor: “Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno”. Así comienza la llamada profesión de fe de Israel (Deuteronomio 6,4-9), que el judío devoto recita todos los días en momentos de oración. Escuchando el anuncio, sigue la frase “amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”. Amar es sinónimo de cumplir la voluntad del Señor contenida en la Decálogo y expresada en palabras humanas a través de Moisés. La veneración por esa palabra hace que el judío la lleve en su corazón, la inculque a sus hijos, hable de ella en todo lugar y en todo momento, la lleve como una insignia atada a su mano, como un colgante entre sus ojos y la escriba en los umbrales de la puerta de la casa y de la ciudad. Es de esta manera que el pueblo de Israel responde al amor que el Señor le ha mostrado sacándole de Egipto con su poder imparables, liberándole de la esclavitud. Si Israel permanece fiel a este amor, vivirá.

Buscando simbolismo en la relación entre mujer y perfume en los textos bíblicos, me parece importante tener en cuenta tanto el uso de esta sustancia en el mundo bíblico como el estrecho vínculo de amor que el único Dios de Israel quiso establecer con su pueblo y, por extensión, con toda la humanidad. En el Antiguo Testamento esta relación simbólica entre la mujer y el perfume se expresa sobre todo en el Cantar de los Cantares y en el Nuevo Testamento, en la llamada unción de Betania, en particular en la versión del Evangelio de Juan. Las dos historias tienen aspectos en común.

El Cantar de los Cantares contiene una colección de poemas de amor. El marco de estos poemas es el diálogo entre dos amantes que se buscan, se encuentran y, cuando no están juntos, se extrañan. El amor que profesan es

Uno de los caracteres antropomorfos que se atribuyen a Dios en la Escritura es su capacidad olfativa

libre y a menudo se describe con un fuerte componente erótico. Los amantes (sin nombre) intercambian frases afectuosas y gestos de ternura y describen el encanto y la belleza del otro. Los perfumes y los olores son una presencia constante en la relación mutua.

Ella canta: “Mientras el rey está en su diván, mi nardo exhala su perfume. Mi amado es para mí una bolsita de mirra que descansa entre mis pechos. Mi amado es para mí un racimo de alheña en las viñas de Engadí”, (1, 12-14). “¡Despierta, viento del norte, ven, viento del sur! ¡Soplen sobre mi jardín para que exhale su perfume! ¡Que mi amado entre en su jardín y saboree sus frutos deliciosos!” (4, 16). “Sus mejillas son canteros perfumados, almácigos de hierbas aromáticas. Sus labios son lirios que destilan mirra pura.” (5, 13).

Canta él: “Antes que sople la brisa y huyan las sombras, iré a la montaña de la mirra, a la colina del incienso”, (4,6). “¡Qué hermosos son tus amores, hermana mía, novia mía! Tus amores son más deliciosos que el vino, y el aroma de tus perfumes, mejor que todos los ungüentos. ¡Tus labios destilan miel pura, novia mía! Hay miel y leche bajo tu lengua, y la fragancia de tus vestidos es como el aroma del Líbano”, (4, 10). “Eres un jardín cerrado hermana mía, novia mía; eres un jardín cerrado, una fuente sellada. Tus brotes son un vergel de granadas, con frutos exquisitos: alheña con nardos, nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso, mirra y áloe, con los mejores perfumes”, (4, 12-14). “Yo entré en mi jardín, hermana mía, novia mía: recogí mi mirra y mi bálsamo, comí mi miel y mi panal, bebí mi vino y mi leche”, (5, 1). “Tu cabeza se yergue como el Carmelo, tu cabellera es como la púrpura: ¡un rey está prendado de esas trenzas! ¡Qué hermosa eres, qué encantadora, mi amor y mi delicia! Tu talle se parece a la palmera, tus pechos a sus racimos. Yo dije: Subiré a la palmera, y recogeré sus frutos. ¡Que tus pechos sean como racimos de uva, tu aliento como aroma de manzanas!” (7, 6-9)

Estos versículos, y otros que podríamos añadir, muestran que el olor de los dos amantes los identifica y les atrae recíprocamente. Pero su referencia imaginaria también describe la admiración que sienten el uno por el otro.

En el primer poema, ella canta: “el aroma de tus perfumes es exquisito, tu nombre es un perfume que se derrama” y le dice al amado: Llévame contigo: ¡corramos!” (1, 2-7). En los ocho capítulos del libro se reitera esta atracción que ella anhela y se convierte en posesión mutua: “Mi amado es mío y yo soy suyo” (2, 16; 6, 3; 7, 11); y su amor es tan fuerte que ni siquiera el caos y el



Marc Chagall
«Cantar de los cantares»

dinero pudieron aniquilarlo: “Grábame como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu lazo, porque el Amor es fuerte como la Muerte, inflexibles como el Abismo son los celos. Sus flechas son flechas de fuego, sus llamas, llamas del Señor. Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarlo. Si alguien ofreciera toda su fortuna a cambio del amor, tan sólo conseguiría desprecio”, (8, 6-7). La fuerza de este amor y la mutua atracción entre amantes han favorecido la interpretación alegórica del libro realizado por las tradiciones judía y cristiana, según la cual el Cantar de los Cantares habla del amor entre Dios y su pueblo (los judíos) y entre Cristo y su iglesia (los cristianos).

En cuanto al Nuevo Testamento, me concentro en el texto de Juan 12, 1-7, donde se narra la llamada unción de Betania. El evangelista conoce la tradición sinóptica sobre la vida, las obras y las palabras de Jesús, pero su texto responde al propósito de lograr una mayor comprensión de aquel que es el Verbo hecho carne (cf. Jn 1), de su mensaje, el sentido de sus signos, su muerte y su resurrección. Y todo esto hay que tenerlo en cuenta

en la lectura del cuarto Evangelio. Jesús está, pues, en Betania, donde le ofrecen una cena. No se especifica en la casa de quién. Esta omisión sugiere que el autor en su relato se refiere a la comunidad (post-pascua) de Betania.

Lázaro está a la mesa con Jesús. Y también sus hermanas: Marta, que sirve, y María, que, de manera espontánea, “tomando una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, ungió con él los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. La casa se impregnó con la fragancia del perfume”. Judas Iscariote, el discípulo que le iba a traicionar, se queja de este gesto. Asegura que el perfume podría haberse vendido por trescientos denarios para dárselo a los pobres. El narrador del Evangelio señala que dijo esto “no porque se interesaba por los pobres, sino porque era ladrón y, como estaba encargado de la bolsa común, robaba lo que se ponía en ella”. Jesús, sin embargo, acogió el gesto de la mujer, dándole él mismo un sentido, refiriéndolo a su sepultura: “Déjala. Ella tenía reservado este perfume para el día de mi sepultura. A los pobres los tienen siempre con ustedes, pero a mí no me tendrán siempre”.

La autora

Concepció Huerta es licenciada en Teología con especialización en Sagrada Escritura por la Facultat de Teologia de Catalunya, estudió especialmente el cuarto evangelio y actualmente es secretaria de la Associació Bíblica de Catalunya. Entre sus publicaciones destacan los artículos *L'Atracció de Déu: Jn 6, 44a* (1999), *Veure Déu en Jesús* (2006) y, más recientemente, *Les paraules de Jesús segons l'Evangelí de Joan* (2015).

En su historia, Juan mezcla diferentes elementos de la tradición sinóptica. Por un lado, presenta a Marta y María en la misma disposición que Lucas 10, 38-41. Allí también Marta sirve y María está sentada a los pies de Jesús y lo escucha, como lo hicieron los discípulos con su maestro. Mateo y Marcos colocan la escena de Betania “en la casa de Simón el Leproso”. Allí una mujer (sin nombre) rompe un frasco –“de alabastro” y “de un aceite perfumado muy precioso” según Mateo, mientras que Marcos habla del aceite perfumado, y entiende que es precioso, dado el reproche de “algunos” (identificado por Mateo en los “discípulos”)– y derrama el contenido sobre la cabeza de Jesús. Juan, en cambio, dice que es María la que rocía “los pies de Jesús”. Este detalle está en línea con otro episodio, el de Lucas 7, 36-50. Jesús es invitado a comer en la casa de un fariseo llamado Simón, que no da ningún gesto de hospitalidad a su invitado. Llega allí una mujer pecadora (sin nombre) que se acerca a Jesús con un “frasco de perfume. Y colocándose detrás de él, se puso a llorar a sus pies y comenzó a bañarlos con sus lágrimas; los secaba con sus cabellos, los cubría de besos y los ungía con perfume”. También allí las palabras de Jesús dan sentido al gesto de la mujer: “sus numerosos pecados, le han sido perdonados porque ha demostrado mucho amor”. Y poco después decía: “Tus pecados te son perdonados” y “Tu fe te ha salvado, vete en paz”.

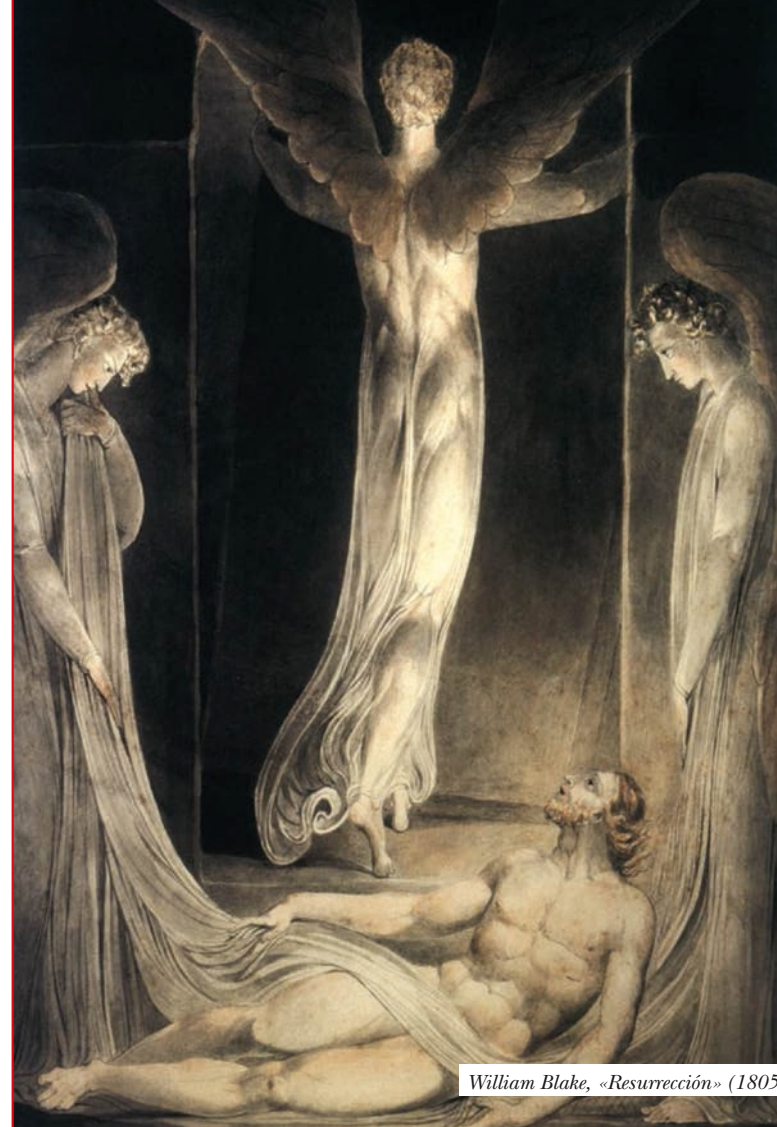
En la narración de Mateo y Marcos, como en la de Juan, Jesús relaciona el gesto de la mujer con su sepultura. En

el relato de Lucas, en cambio, es un gesto de gratitud del pecador hacia aquel de quien recibe abundante perdón. En este caso Jesús estaría indicando, no tanto el simbolismo del gesto sino la motivación del pecador para hacerlo. La acción de Jesús, al perdonar sus pecados, es entendida como la causa de la acción de la mujer; por eso ella responde amando a aquel de quien recibió amor misericordioso. Lucas nos muestra la motivación de la mujer que rocía los pies de Jesús, Juan también atribuye la unción a la misma parte del cuerpo. ¿A lo mejor nos está indicando a qué responde el gesto de María? En mi opinión, Juan lo da por sentado.

En Juan 6, 44, Jesús les dice a los judíos que murmuraban: “Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió; y yo lo resucitaré en el último día”. Aquí encontramos curiosamente el verbo “atraer”, el mismo que está presente en el Cantar de los cantares 1, 4, aunque ahí está en forma de petición. En Juan 6, 45 Jesús continúa: “Está escrito en el libro de los Profetas: Todos serán instruidos por Dios. Todo el que oyó al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí”. Un estudio detallado sobre el significado de la expresión “ir hacia”, con su forma verbal en griego que Juan utiliza 18 veces, lleva a la conclusión de que para él tiene un significado teológico, ya que la persona que lo hace está impulsada por un impulso previo y misterioso, fruto de la atracción del Padre que, normalmente, conduce a una adhesión a la fe. Esta forma verbal se aplica a María y no a Marta. En el episodio de la resurrección de Lázaro en Juan 11, María “va a Jesús” cuando su hermana Marta anuncia su llegada y, arrojándose a sus pies, le dice: “¡Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto!”.

De esta manera podemos decir que, en la escena de Betania, como si fuera la amada del Cantar de los Cantares, María, rociando a Jesús, pone de relieve su amor por él, hasta el punto de haber comprado el perfume más caro. Esa sustancia y ese aroma son signo de su amor, un amor que no tiene precio. Ama a Jesús, cree en él y lo unge, reconociéndolo como Señor. Su gesto anticipa lo que significará la hora de Jesús, su plena manifestación a la humanidad: su muerte (sepultura) y su resurrección (vida): “Toda la casa se llenó del aroma de ese perfume”. En Cantar de los Cantares leemos: “¡Despierta, viento del norte, ven, viento del sur! ¡Soplen sobre mi jardín para que exhale su perfume!”. En nuestra escena, como si fuera el viento del sur, la fragancia del gesto de María puede ser compartida por todos los miembros de la casa. ¿Nos estará señalando Juan lo que Jesús hará posible desde la cruz? “Y cuando yo sea levantado en alto sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”. (Juan 12, 32).

Conclusión abierta: a pesar de algunas referencias comunes y del carácter simbólico de las historias del Cantar de los Cantares y de los evangelios, el significado del uso del perfume en ambos difiere sustancialmente. En el Cantar de los Cantares tiene un carácter contingente: identifica a los amantes, los atrae, exalta su mutua admiración en la memoria. En los textos evangélicos, su uso simbólico es trascendental y casi sacramental: es decir, se refiere a una realidad anterior, que es don y salvación, indicándola, reconociéndola, dándole gracias y amándola.



William Blake, «Resurrección» (1805)

En espera frente a la resurrección

En el Evangelio de Juan no se nos da la oportunidad de escuchar el anuncio explícito de la resurrección de Jesús. Los dos ángeles que están en la tumba no anuncian a María Magdalena, como sucede en los otros evangelios, que “ha resucitado”. No, en Juan hay un silencio y una sucesión de episodios en los que los discípulos ven lo que parece ser un enigma: la tumba vacía. María Magdalena ve, primero, la piedra quitada del sepulcro y no entra, sino que va donde estaba Simón Pedro y el discípulo amado y les anuncia, no la resurrección, sino su propia consternación por lo que ella pensó que era un robo del cadáver de Jesús (cf. versículo 2).

Pedro y el otro discípulo corren juntos al sepulcro y ven las ropas que cubrían el cuerpo de Jesús bien colocadas, como si

lo hubiera hecho una mano consciente, que se preocupa por él, no dejándolo abandonado como un resto en un robo. El Evangelio no nos dice nada sobre Pedro, no nos dice si Pedro reaccionó de alguna manera. Pedro desaparece delante de la tumba vacía, aunque el otro discípulo lo deja entrar primero. Permaneció mudo y ausente.

El texto se refiere al hecho de que a la vista de ese sepulcro vacío el discípulo amado “vio y creyó” (versículo 8). ¿Pero qué clase de fe es ésta? No se habla de alegría, no se menciona ningún anuncio de la resurrección cuando regresan a los otros discípulos (cf. versículo 10). Sólo se dice que hasta entonces no habían entendido la Escritura “que resucitara de entre los muertos” (versículo 9).

Pero Juan nos lleva a escuchar la revelación: de la duda-sospecha de un robo del

cuerpo, a la conciencia de que el cuerpo de Jesús no había sido arrebatado, robado, a una fe naciente sobre la base de la memoria de lo que las Escrituras anunciaban, a una comunidad que, en silencio y tal vez en una consternación que comienza a ceder, con asombro, a una cierta fe, se reúne de nuevo (cf. versículo 10).

María Magdalena todavía no ha dado el paso para interpretar el acontecimiento: todavía piensa que el cuerpo de Jesús ha sido arrebatado por alguien (cf. versículos 13 y 15). Ella, nos dice el texto, no vio los vendajes colocados en la tumba; no se dice que entró, que vio y creyó. Parece extraña a la historia de los otros dos discípulos y el texto la presenta como si viviera una historia separada; parece cerrada en la nostalgia por un pasado cuyos vestigios también le han sido arrebatados.

Los discípulos que nos presenta esta página son discípulos que permanecen como en suspenso, frente a una aporía que sólo la iniciativa de Jesús resucitado puede disolver, cuando se revela a María Magdalena llamándola por su nombre (cf. versículo 16) y cuando se manifiesta a los demás discípulos dándoles la paz y mostrándoles las heridas de la pasión (cf. 20, 19-23).

Pero incluso frente a Jesús resucitado, que no había reconocido previamente, María Magdalena necesita hacer un viaje de fe: primero lo llama “maestro” (versículo 16), y sólo gracias a las palabras de Jesús que revelan su comunión con el Padre, le llama “Señor” (versículo 18). Ella es conducida a hacer un camino de fe y a pasar de la clausura en la nostalgia del pasado y de la alegría de reconstituirla (“maestro”) para abrirse a una novedad radical de vida. Esta novedad la hace testigo de que la relación tejida por Jesús con ella y con sus discípulos, sus hermanos, durante su existencia, no está destinada a morir, sino a perdurar y a renovarse, porque Jesús, vivo, “se eleva al Padre” (versículo 17), el suyo y el nuestro.

Esta es la buena noticia: lo que el Padre realizó en la vida del Hijo fue asegurar, a través de la resurrección, que no fuera separado de sus hermanos, de todos los hombres, y que por lo tanto la historia de amor está también hecha de traiciones, infidelidades, contradicciones. E incluso el hecho de que los discípulos hayan vivido y que aún hoy vivan con Jesús, que no se pierdan, sino que sean asumidos para siempre en la relación amorosa de Jesús con su Padre y nuestro Padre.

Icono de la unción de Betania (atelier Saint-André)





UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

Campus en Salamanca y Madrid



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA

@upsa

@upsa.es

@upsa_salamanca

DOBLES GRADOS

- ✓ Ingeniería Informática + ADET
- ✓ Periodismo + Comunicación Audiovisual
- ✓ Publicidad y RR.PP. + Marketing y Comunicación

ESTUDIOS

- › Administración y Dirección de Empresas Tecnológicas
- › CC. de la Actividad Física y del Deporte
- › Comunicación Audiovisual
- › Derecho Canónico
- › Enfermería
- › Filosofía
- › Fisioterapia
- › Ingeniería Informática
- › Logopedia
- › Maestro en Educ. Infantil
- › Maestro en Educ. Primaria
- › Marketing y Comunicación
- › Periodismo
- › Psicología
- › Publicidad y RR. Públicas
- › Seguros y Finanzas
- › Teología

FORMACIÓN
DE EXCELENCIA
A TU MEDIDA